

246

DP203
V4



ACERVO GENERAL

127665

... con las empujadas que causan
los acontecimientos cotidianos. El escritor ar-
resta el pensamiento de sentir en pen-
samiento, adhiriendo tal vez la aceptación de
las pasiones y ansiedades, pero captándose la
atmósfera de cuantos profieren diversa opinión.
Además ha de considerar en su crónica nom-
bres y hechos que deban producir juicios
agudos, y en las aliteraciones impetuosas á
las luchas políticas, según parase muy ca-
tos ya el dictamen, y una cosa creyeron in-
tercedo participando; ya el concepto que otros
reputaron excesiva depresión. En suma, las
crónicas contemporáneas casi en totalidad,
están muy distantes de las condiciones im-
damentales de las tareas históricas, y sus
autores, después de las responsabilidades que

1.

No se oculta al autor de esta cró-
nica contemporánea ninguno de
los inconvenientes, anexos á los
trabajos de palpitante actualidad.
Unos son relativos á la obra: los otros
al escritor. La obra ha de resentirse por
necesidad del espíritu de época; porque
no es la historia de lo pasado, escrita con el
análisis exento de interés en las cuestiones del
día; con la neutralidad del criterio que aprecia
los actos sin las impresiones del momento; sino
la historia de lo presente, trazada con la
preocupación inevitable que producen las cir-

cunstancias; con las emociones que causan los acontecimientos coetáneos. El escritor arrostra el compromiso de emitir su pensamiento; adquiriendo tal vez la aceptación de los pensadores análogos; pero captándose la antipatía de cuantos profesan diversa opinión. Además ha de consignar en su crónica nombres y hechos, que deben producir juicios opuestos, y en las alternativas inherentes á las luchas políticas suelen pagarse muy caros ya el dictámen en que unos creyeron interesado parcialismo; ya el concepto que otros reputaron enconada depresión. En suma, las crónicas contemporáneas, casi en totalidad, están muy distantes de las condiciones fundamentales de las tareas históricas, y sus autores, después de las responsabilidades, que contraen con la publicidad de su pensamiento, se acarrearán los peligros de quien juzga á los actores del drama político en una de sus peripecias, y cuando no se halla previsto el desenlace: agregando á todo esto la facilidad de incurrir en inexactitudes y equivocaciones, que si tan comunes suelen ser en las reseñas de lo pasado, mucho más lo serán en la relación de los hechos actuales, por los motivos arriba apuntados.

¿Y qué medio para conciliar la preciosidad de datos, que las crónicas suministran á la historia, con la desimpresión del ánimo,

que dá por fruto la verdad en la narración, y la imparcialidad en el juicio? *Cognitio morbi inventio remedii*: el conocimiento del mal es el hallazgo del remedio. Si las crónicas, en inmensa mayoría, carecen de crédito porque están faltas de veracidad, y se resienten harto del espíritu de partido, escribamos una que no afirme más que lo constante; que sienta los hechos dudosos, cual se cuentan por los que de ellos tratan; sin aceptar versiones de un modo absoluto; así será todo lo veraz posible. En cuanto á juicios; que esta crónica no acepte los rumores de la difamación; que no una su eco al de la maledicencia, y rehuya la solidaridad con los que acusan al poder caído; de la propia suerte que resista la afiliación al cortejo entusiasta del que triunfa; que no se adscriba á los que levantan el ára de la apoteosis para sus pró-hombres, y repugne el sistema de los que se postran de hinojos como el salvaje á la aparición de cada nuevo sol en el horizonte político. De esta manera, al par que la crónica se acerca á los polos naturales de la Historia, el escritor se desvía de los riesgos, que hacen tan temible su camino; porque ni coopera á la conspiración contra los que sucumbieron, ni coadyuva á la instalación de los favorecidos por la fortuna; y tanto dista de la sección que se ocupa en difundir el oprobio

sobre sus enemigos, cuanto de las fracciones que trabajan por encumbrar á sus caudillos. Dificil pero honrosa posicion la del hombre que apelando á la lealtad de su conciencia, separándose de esas afecciones, que son propias á seducir el ánimo, y aislándose en medio de una sociedad, que revuelven intereses y aspiraciones distintas, pueda con la mano sobre el corazon, y alta la frente, presentar su crónica, libre de las sugestiones del partido, que prepondera y levantar solícito un monumento de ignominia para su rival derrocado; libre de la connivencia en los propósitos de enaltecimiento de los que llegan al poder. Tal ha sido el pensamiento que dá márgen á esta obra. Tengo la persuasion íntima de que pocos acometerán este trabajo con tanta fé; con mejores fines; con mayor imperio sobre sí mismos para prescindir de miramientos y conveniencias; con mas propias circunstancias para que sobre su tarea no pesen sospechas de obedecer á rencores ni favorecimientos. Quizá, y no lo apunto por caso remoto, con los mejores precedentes para cumplir el cometido, que me he impuesto, el desempeño de la obra esté muy lejos de corresponder á la bondad de mi objeto, y á las ideas que llevo espuestas acerca de los requisitos de una crónica apreciable; crónica que mañana pueda adoptar la historia sin escrúpulo, co-

mo material precioso para la esposicion y juicio de una época. Si por desgracia tal aconteciere, me quedará el consuelo de haber intentado una tarea grande, y como dice el apotegma latino: *«in magnis satis est voluisse.»*

Plumas mejor cortadas que la mia podrán encargarse de reproducir los sucesos de que ha sido teatro nuestra Península, y con mayor copia de antecedentes, y con mas conocimiento de las cuestiones, presentar el magnífico episodio de la revolucion de Julio en páginas imperecederas, que trasmitan indeleble á la posteridad el recuerdo de un hecho, cuyo efecto dramático realcen con la profundidad de su discurso; con la galanura de su diccion. Pero reflexiónese en la posicion que presuponen los hombres de valía literaria en nuestro país: los unos, veteranos del periodismo, han sistematizado sus opiniones en los compromisos que nacen del debate, y se afirman en las relaciones consiguientes con cada situacion política: los otros, prohijados por un alto Mecenas, han transijido con la opinion en gracia á los favores del hombre público, que les abria su mano pródiga en beneficios, mas que por benevolencia por lujo de patronato; y aun cuando estos escritores no hayan sido declarados satélites de la política de sus valedores, no es-


tán dispensados de la gratitud, que liga por el beneficio el que lo hace al que lo recibe; ni cabe en ellos la bajeza de corresponder á las mercedes admitidas con una defecion vergonzosa y pública á la causa de sus protectores; careciendo de neutralidad deben enmudecer: buen número de autores, que podían prestar al cuadro de la revolucion el mérito de su bien tajada péñola, figuran en esa especie de Parnaso, que durante el ministerio de Egaña se instituyó en el de Gobernacion. Resulta que gran parte de las capacidades literarias de primer orden del pais están fuera de juego en esta cuestion, y de los demás publicistas ¿habrá muchos que puedan aplicarse la frase inmortal de Tácito, «*ni Othon, ni Galba, ni Vitelio me han hecho beneficio, ni agravio?*»

El autor de esta crónica no piensa en bosquejar su biografía; lo uno porque no la tiene; porque hoy es el gusano laborioso que fabrica el capullo de que piensa salir transformado en brillante crisálida: lo otro porque nunca fuera él inclinado á otra cosa que á la recompensa legítima del trabajo ímprobo y cuidadoso; la estimacion. Pero puede garantizar la independenciam de sus opiniones, la lealtad de sus juicios, y la rectitud de sus propósitos: independenciam que nace de que sus convicciones son demasiado firmes para ple-

garse á modificacion de ningun género; lealtad, que aunque en el reducido círculo de provincia, tiene justificada en sus tareas de periodista, en sus dias de prueba en las épocas de mas acerba persecucion contra los disidentes de la comunión ultra-moderada; porque él se afilió al progreso cuando los progresistas eran los párias de la política: rectitud de fines, por último, que dá derecho á esperar esa nobleza inherente al corazón de un jóven, no contaminado con las dádivas de una fracción corruptora, ni vencido por los rigores de su característica intolerancia; que no persigue á sus enemigos con ódio; pues que su antipatía era por la situacion, no por sus hombres: que vé subir al poder á sus hermanos sin ciega parcialidad por los gefes; porque no mira á las personas sino á los principios.

Basta pues de preámbulo, y antes de referirnos á los sucesos del memorable Julio, dirijamos una ojeada retrospectiva á la historia de los partidos, que dividen la sociedad española; fijando las personalidades de primera significacion, y las subalternas, para que tengamos en tales antecedentes los fundamentos de nuestro juicio, y al ocuparnos de los hechos, á que se refiere esta crónica, no sea preciso esplicar preliminares, menoscabando así el interés del relato.

II.

a revolucion francesa estalló con asombro de toda Europa, minada por las teorías filosóficas, por las tareas enciclopédicas, y las sucesivas conquistas de sus doctrinas en el terreno de la accion. Aun no creía tan próximo el desarrollo de aquellos principios, destinados á subvertir la constitucion de los pueblos, sustituyendo á los poderes absolutos con un órden de cosas, diverso de la autocracia, que pesaba sobre la mayor parte de los países, como una plaga funesta. Aquella revolucion, que invocaba principios tan humanitarios, de tan noble independenciam, tan conformes con las aspiraciones de todos los ánimos rectos, habia engrosado los ejércitos de Washington, en su aurora, con jóvenes de

la primera nobleza de Francia, y aventureros intrépidos; habia atacado el fanatismo con los sarcasmos de Voltaire, y pretendido una educacion política para el ciudadano con Juan Jacobo. Aquella revolucion respondia al arrogante dicho de Luis XIV *«el estado soy yo»* y á las usurpaciones que el poder monárquico se habia permitido hasta llegar al mismo punto de tiranía que el hijo de Luis XIII. En nombre de la humanidad venia á pedir estrecha cuenta á los reyes de la abrogacion de facultades, que elevándolos al ára de los Semi-dioses, abatía á tantos millones de hombres á merced de sus voluntades y hasta de sus caprichos. Aquella revolucion alboró, siendo el espanto de los esplotadores de la servilidad; como la esperanza de los que sufrían impacientes, agoviados bajo la odiosa coyunda. Europa volvió sus ojos á la Francia, aguardando en espectacion ansiosa la señal de la insurreccion contra las potestades abusivas. El trono habia absorbido en sí la accion de todos los poderes, instituidos en equilibrio del suyo; Córtes, Estados, Cámaras y Consejos: se prostituia en la indolencia del despotismo satisfecho, y mientras dejaba sin garantia de ninguna especie á los vasallos, insultaba su miseria con todo el fausto de sus fiestas en obsequio de favoritos ó cortesanas. La Côte, pandemonium tenebroso, siem-

pre revuelto por intrigas y audaces jugadas, donde sustituyéndose unas á otras camarillas hacian al poder seguir el rumbo de sus combinaciones; comprometiendo su decoro en los azares de pérfidos manejos, y arrastrándose ayer á los pies de la Dubarri; incensando mañana á Godoy. El sacerdocio habia puesto su poder augusto á disposicion de la monarquía á cambio de compartir su dominacion positiva, identificando la causa del altar con la del trono; como si la corona de los Césares fuera el símbolo humano de la potestad divina; como si el reino del Salvador fuese el reino del mundo; como si cupiera consorcio entre las causas de la tierra y la causa del Cielo. La revolucion se abrió paso en la arena política, y todos saben los sucesivos periodos en que la monarquía transijió con la Asamblea, en que cayó vencida por la convencion nacional, y sobre el cadalso de Luis XVI tremoló su estandarte tricolor la república. Todos conocen de qué manera las inteligencias elevadas prepararon la reconstruccion social; como la clase media comenzó el ataque, y cual continuaron la obra las hechuras de la multitud, provocada por la mala fé y torpeza de la Côte; exasperada por la apelacion del rey á la fuerza de las armas; abusando luego del poder que habia sabido conquistar.

España sino contaba á Cárlos IV como un monarca apropósito para atravesar dificiles circunstancias con ayuda del génio, podia confiar en Aranda y Floridablanca; cuyos talentos supliesen la poca aptitud y escasez de resolution de su Soberano. En efecto; cuando la Convencion pronunció el fallo de muerte contra Luis XVI España fué la única potencia, que se presentó á disputar la víctima espiatoria á las venganzas populares, con toda la nobleza y dignidad, características de los gobiernos que comprenden sus deberes. El capricho de la reina María Luisa ascendió á Godoy á la cumbre del valimiento y este hombre de tan presuntuosa ambicion como escasas dotes, inauguró la época de los escándalos, que entregaron el trono al menosprecio del pais, y á ese envilecimiento en el esterior, que borrarón nuestros padres con su sangre en la lucha con el capitan del Siglo. Inútil es referir á una generacion tan próxima á la que fué testigo de las mas vergonzosas escenas, y que toca los resultados de aquella universal desmoralizacion, los grados á que subió el cinismo de los unos, el punto á que llegó la bajeza de los otros. Solo nos incumbe hacer notar que si la revolucion francesa retardó su fruto en España fué debido en primer lugar á los desórdenes de las masas, que ensangrentaron con degollaciones hor-

rendas los fastos de la emancipacion, y á los lamentables extravíos que abatieron las imágenes santas del altar de Nuestra Señora, para hacerle trono de una prostituta de París medio desnuda; deificacion insensata de la débil razon del hombre. Heridos así en el principio religioso, y en sus hidalgas propensiones al bien y al orden, los partidarios de las ideas fundamentales de la revolucion sintieron el dolor del desengaño; ahogando sus simpatías por una causa cuyos prosélitos comenzaban por los degüellos de setiembre, proseguian por el ateismo, y acababan por organizar esa matanza espantosa, que hizo del patíbulo un diario espectáculo. Añádase á esto el honor nacional interesado contra la república. Godoy, incapaz de sostener posiciones delicadas, nos suscitó la guerra con sus indiscretas alharacas, y despues de las alternativas de una campaña, tan costosa como de nulos resultados, perdió en la paz la parte española en la isla de Santo Domingo. El *querido Manuel*, como los reyes llamaban al Privado, recibió el título de príncipe de la Paz, y su influencia ascendió á tal extremo, que fué el dispensador de todas las gracias; el solo agente del poder; el árbitro, en una palabra, de la suerte del país, que contemplaba con el pasmo de la sorpresa la escelsitud á que tocó aquel hombre sin las ventajas

del nacimiento; sin los recursos de las sublimes inteligencias; por el antojo de una muger, á quien los libelistas llamaban *la Mesalina española*; antojo que improvisó primero al conde de Alcudia, y convertido en dominacion por el favorito creó el Principado de la Paz, y le infundió bastante audacia para entroncarse en la real estirpe; llegando su ambicion hasta pensar en la corona de los Braganzas; contando con aquella nacion francesa, que envió el gorro frigio á Tipo-Saëb, y luego repartió diademas como Cárlo-Magno. Godoy, que provocando á la república con sus imprudencias, gozó un momento de un aura ligera de efímera popularidad al firmar la paz de Basilea, olvidó sus proyectos neutrales, y con la inconsecuencia de los espíritus pequeños unió nuestra suerte con la del guerrero investido con la púrpura imperial; declarándose enemigo de la Inglaterra, y comprometiendo nuestro comercio con las Antillas en tan impolítica colision. Trafalgar reasume la desastrosa historia de aquellas jornadas funestas, y nuestros desiertos arsenales, y nuestra decadencia náutica son hoy el testimonio fehaciente de aquel réjimen, que llevó el trono al abismo y la nacion al borde de una sima, de que el ausilio de la Providencia y sus heroicos hechos pudieron salvarla. El respeto tradicional al trono iba cediendo á la in-

dignacion, causada por la vergüenza que le mancillaba, y por los ejemplos de indecorosidad que daba la Côte; trasmitiendo el desórden de sus costumbres á las costumbres públicas. En aquel gobierno no cabian las notabilidades. Jovellanos y Saavedra, que resistieron plegarse al poderío del Aman, pagaron la firmeza de su conducta en la prision y el destierro. Carlos IV se entregaba al placer de las cacerias; ni mas ni menos que un Nemrod de las montañas astures. Maria Luisa daba temas incesantes á la crónica escandalosa, que ya descubria á la reina disfrazada de manola chasqueando á un escolar; yá unia el nombre de la Princesa en una aventura galante con el de un bizarro guardia de Corps. El valido, en tanto, disfrutaba las preeminencias reales, como si el patrimonio de Ataulfo fuera su patrimonio. La nacion, devorada por una deuda que ascendía á siete mil docientos millones; trabajada por guerras que habian consumido los últimos recursos sin reportarla un solo beneficio, y vendida por una política desatinada al costoso auxilio de la Francia imperial; perdía poco á poco la histórica veneracion á la monarquía; tocaba todos los males que puede producir el régimen absoluto, y abominando un órden de cosas, que no daba de sí mas que la inmoralidad, el descrédito y la miseria, volvía los ojos á el Príncipe de

Asturias, que afectaba vivir retirado de las complicaciones políticas; ocultando una ambicion impaciente con aquel mudo testimonio de retraimiento, que envolvía una censura expresiva del proceder de Godoy. Fernando era aborrecido por el Príncipe de la Paz; pagándole aquel cumplidamente su ódio. Faltaba un escándalo en la familia régia: un escándalo que llevase al último punto el oprobio de que estaba cubierta, y pusiera el colmo á la série de desdoros, que hacian mirar al Palacio como una sentina de repugnante prostitucion. El rey firmó el decreto de 30 de Octubre; acusacion espantosa de un hijo hecha por su padre ante los atónitos pueblos. Fernando fué arrestado y la causa del Escorial tuvo principio; no sabiendo qué admirar mas, si la resolucion inconcebible de un monarca, que abrió tan cruel brecha en la honra de su sucesor, para otorgar el perdon por decreto en cuanto apareció en la trama el nombre de Bonaparte, ó la desnaturalizacion de un Príncipe, que trazó planes en que hubo lugar á las sospechas mas negras, y la debilidad afrentosa con que suscribió las humillantes retractaciones, por cuyo medio Godoy satisfizo sus enconos; entregando el heredero de la corona al menosprecio público.

El sufrimiento del país debia agotarse con la última y más cruel injuria. Las tropas de

Napoleon penetraron en España con la insolencia de los dominadores, que ni aun calculan que pueda resistirseles. La familia real de Nápoles acababa de ser destronada: la de Portugal se había refugiado al Brasil: con la de España se pensaba hacer lo propio, y corrieron nuevas de que se estaba preparando la partida en Aranjuez. El pueblo de Madrid se subleva furioso, y busca al favorito para vengar en él la ignominia de la monarquía, la ruina del Estado, y el concepto depresivo que su política ha vinculado en la nación. Carlos para conjurar la tempestad exonera al valido; pero descubierto el hombre funesto en su propia casa se enciende de nuevo la cólera popular. La tropa logra contener á la irritada muchedumbre, conduciendo el Privado al cuartel de Guardias entre las imprecaciones y amenazas de los que le acusan de cuanto infortunio pesa sobre la Península. El rey se humilla á su hijo, rogándole que coloque su innmerecida popularidad como un escudo entre las iras públicas y el objeto de la execración universal. El Príncipe acepta la ocasión de abrumar al prisionero con su triunfo, y mientras le deja conocer los proyectos de su ambición, sus parciales asedian al Soberano con instancias poco respetuosas, explotando el terror de su ánimo. Se hace circular la noticia de que el preso va á ser conducido

á Granada, y la multitud enardecida prorrumpie en gritos de muerte, que hacen estremecer de espanto á los reyes y dan el último golpe á su resistencia. Carlos y Luisa compran la vida de su querido *Manuel* á precio de su corona; dándose por contentos con la salvacion y libertad de Godoy á cambio de la abdicacion, que entregó el cetro de San Fernando á los codiciosos anhelos de un hijo rebelde, que recibiendo de su pueblo el nombre del *Amado*, se encargó de convertirle en una sangrienta ironía á los ojos de la posteridad.


Ya sabía España lo que era un Rey débil con una Reina sin pudor, y un favorito con pretensiones y sin talentos. Le quedaba por conocer un Monarca sin dignidad primero; hipócrita despues; ingrato mas tarde. La revolucion francesa habia persuadido la necesidad de una reconstrucción social á todas las inteligencias, libres de las sugerencias de intereses egoistas, y los poderes absolutos se encargaban de precipitar su ruina con pródigas muestras de los daños á que daba margen su organizacion abusiva. Para contrastar el peligro de las viejas instituciones habria sido necesaria la virtud de un Fernando Tercero: para dominar las circunstancias escepcionales del gobierno, la política sábia y cuerda de un Fernando Sesto. Muy arraigados estaban en el corazon de los españoles los sentimientos de adhesion al principio monár-

quico, cuando la esperiencia de tantas degradaciones y tantos escándalos no les hizo abolir aquel poder, que por su envilecimiento hacía confundir con el oprobio del Soberano la degeneracion del pais, y alentó los propósitos de la usurpacion con la creencia de que un pueblo que sufría resignado tan infando régimen, era bastante vil para aceptar el yugo del primero que tratara de imponérselo.



del primero de Paris se hec...

III.

ernando VII se encontró con el ejército francés invadiendo su territorio; Murat avanzando hácia Madrid, y su pueblo agitándose ante la opresion estraña que preveia. No tuvo valor para reclamar contra la invasion francesa, que él habia provocado, poniéndose en sus conspiraciones de Príncipe bajo la tutela de Napoleon; ni se atrevió á confiar en el pueblo, que habia concitado contra Godoy, á nombre de su amenazada independencia, y á quien juzgando á nivel de su pusilanimidad, reputaba incapaz de resistir al orgulloso Emperador de los franceses. El Monarca adoptó el sistema de las complacencias obsequiosas con Murat, y entre sus medrosas concesiones figura la devolucion de la espada